

CAPÍTULO VI.

El fuego.—Xiuhtecuhtli Tetl.—Fiestas anuales.—De cuatro en cuatro años.—Fuego perpetuo.—Fiesta secular del fuego nuevo.—Tezcatlipoca.—Nombres.—Festividad.—La víctima.—Huizilopochtli.—Etimología del nombre.—Orígenes.—Tetzahuitl, Tetzahuiteotl.—Formas.—Teoyaotlatohua.—Fiesta del mes Panquetzaliztli.—Tlacahuepancuezcotzin.—Paina ó Paynalton.—Dios de la guerra en los bosques.—Teoyaomiqui.—Miquiztli.

EL dios del fuego, Xiuhtecuhtli Tetl, el fuego señor del año, es el primero de los acompañados ó señores de la noche. Se le conocía con los nombres de Ixcozauhqui, cariamarillo, Cuecaltzin, llama de fuego, y Huehuateotl, dios antiguo, "y todos le tenían por padre considerando los efectos que hacía, por "que quema, y la llama enciende y abrasa." (1) Estas denominaciones autorizan para pensar, que el culto del fuego es muy antiguo entre los americanos, y que se ha confundido alguna vez con el del sol. Xiuhtecuhtli es la representación propia del fuego como elemento, teniendo dos símbolos que le pertenecen. El *mamalhuaztli* ó sean los palos con que se encendía la lumbre nueva, y el *tecpatl*.

Tecpatl, pedernal ó sílex, hijo de la Omecihuatl y arrojado del cielo á la tierra para producir la primera raza de dioses. Signo del décimo día del mes, segundo de los compañeros de la noche, y uno de los cuatro nombres de los años bajo la denominación *tecpaxihuitl*. El *mamalhuaztli* y el *tecpatl* responden á la idea de fuego; aquel como símbolo de la fiesta cíclica, conmemorando la conquista del elemento por la frotación de dos maderos; éste al más antiguo procedimiento de sacar las chispas por el choque contra el pedernal.

El Teotecpatl, pedernal divino, pedernal dios, preside en la

(1) P. Sahagun, lib. I, cap. XIII.

vigésima trecena del Tonalamatl. Está representado hombre de medio cuerpo abajo, con un cendal á la cintura, y de aquí arriba en la forma convenida del *tecpatl*, teniendo en el interior un rostro de perfil y rematando en los brazos cuyas manos empuñan el cuchillo sagrado: en esta forma es más bien el símbolo del sacrificio.

"La imagen de este dios figuraba un hombre desnudo, el cual tenía la barba teñida con la resina llamada *Ulli* que es negra, y un barbote de piedra colorada en el agujero de la barba. Tenía en la cabeza una corona de papel pintada de diversos colores y de diversas labores: en lo alto de la corona tenía unos penachos de plumas verdes, á manera de llamas de fuego: unas bolas de plumas hacía los lados, como pendientes hacía las orejas: unas orejeras en los agujeros de las orejas, labradas de turquesas de color mosaico: tenía acuestas un plumaje hecho á manera de una cabeza de dragon, labrada de plumas amarillas, con unos caracolutos mariscos: unos cascabeles atados á las gargantas de los pies: en la mano izquierda una rodela con cinco piedras verdes, que se llaman *chalchihuites*, puestas á manera de cruz sobre una chapa de oro, casi cubierta toda la rodela: en la mano derecha tenía uno á manera de cetro, que era una chapa de oro redonda, agujerada por el medio, y sobre ella un remate de dos globos, uno mayor y otro menor con una punta sobre el menor: llamaban á este cetro *Tlachicloni*, que quiere decir miradero ó mirador, porque con él ocultaba la cara y miraba por el agujero de enmedio de la chapa de oro." (1)

El dios encendido ó bermejo era muy reverenciado; en las comidas arrojaban al fuego, en su honra, el primer bocado y el primer sorbo de bebida. (2) De las fiestas que le estaban consagradas, alguna era tan cruel, que su relato sobresalta el corazón. Durante la fiesta de Tlaxochimaco los sacerdotes del númen, llamados *ihuehoyohuan*, sus viejos, iban al monte á buscar un muy grande árbol, que con todo y ramas hincaban en el patio del templo. En la vigilia de la fiesta del dios, celebrada en el mes Xocotlhuetzi, venían carpinteros, derribaban con todo cuidado el árbol, lo limpiaban dejándolo liso, y volvían á ponerlo, enhies-

(1) P. Sahagun, lib. I, cap. XIII.

(2) Clavigero, tom. I, pág. 233.

to sostenido por sogas: el palo estaba adornado con los papeles simbólicos, sustentando en el remate una figura de Xiuhotecuhtli formada [del místico *tzoalli*. Llegado el día, encendían junto al árbol una gran hoguera, y cuantos tenían esclavos que ofrecer venían adornados, pintado el cuerpo de amarillo, que era la librea del fuego. Los cautivos velaban en el templo toda la noche, y á la hora les ataviaban con los arreos del sacrificio, les ataban de piés y manos, poniéndoles sobre el rostro polvos de *yauchtlí* (1) para hacerles insensibles á la muerte. Los ofrendadores tomaban á los cautivos sobre los hombros, formando un baile alrededor del palo y de la hoguera; á tiempo convenido uno de ellos arrojaba su cautivo á la lumbre. La infeliz víctima rodaba sin poderse valer sobre las brasas, permanecía algun tiempo en el tormento, y cuando luchaba contra la muerte en la agonía, era sacado con algun garabato, llevado al tajon del sacrificio, é inmolado en la forma ordinaria. Los demas cautivos iban así pereciendo sucesivamente. (2) Los muchachos arremetían en seguida para apoderarse de la figura de Xiuhtechtlí, trepando por los cordeles que retenían el árbol, mientras los mandones de los mancebos defendían la subida á garrotazos. (3)

En principios del mes Izcalli sacábase lumbre nueva con dos palos, y tomada con una yesca se encendía el hogar del dios, formando una gran hoguera; acudían los muchachos trayendo todos los animales que habían cazado el día anterior, y aun peces y culebras, echándolo todo en la lumbre, daban una vuelta alrededor de ella, y se retiraban contentos recibiendo uno de los bollos llamados *chalchiuhtamalli*. La fiesta era conocida por Huauhquiltamalqualiztli. Diez días despues se repetía la ceremonia

(1) *Yauchtlí* escribe Torquemada. Clavigero, nota en la pág. 281, tomo I, dice: "El *yauchtlí* es una planta cuyo tallo tiene un codo de largo, las hojas semejantes á las del sauz, pero dentadas, las flores amarillas, y las raíces sutiles. Las flores y las hojas tienen el mismo olor y sabor que el anís. Es útil en la medicina, y los médicos mexicanos las aplican á muchas dolencias; pero tambien la empleaban en usos "supersticiosos." La idea de adormecer á las víctimas, para hacer menos crueles sus padecimientos, parece general entre los mexicanos. Segun Mendieta, lib. II, cap. XVI, describiendo aquellas repugnantes ceremonias escribe: "Y para no sentir tanto la muerte, les daban cierto brebaje á beber, que parece los desatinaba, y mostraban ir á morir con alegría."

(2) Sahagun, lib. II, cap. X. Torquemada, lib. X, cap. XXII.

(3) Véanse los pormenores de la fiesta en Sahagun, lib. II, cap. XXIX.

dando al dios la advocacion de Milintoc; no se encendía el fuego con los palos, y aunque en la hoguera se echaba la caza traída por los mancebos, dejábase consumir la pequeña: y la grande ya asada se apartaba para ser comida por los ancianos: llamábase este manjar *Calpuleque*. (1)

Estas fiestas se verificaban tres años arreo, y al cuarto tenía lugar otra con mayor aparato. En ella, para dar muestras de la dualidad encarnada en las divinidades mexicanas, morían en el sacrificio ordinario no sólo los cautivos y esclavos, sino tambien sus mujeres, ataviados unos, y otras con las insignias de Ixczahui. Acabado el sacrificio tenía lugar un baile solemne, llamado Netecuitotiliztli, porque sólo eran admitidos el rey y la principal nobleza; terminaba la danza al dar cuatro vueltas alrededor del patio. Acabados baile y fiesta, que como se advierte solo tenía lugar de cuatro en cuatro años, se procedía á agujerar las orejas de los niños y las niñas, á cuyo efecto acudían los padres con los respectivos padrinos de los párvulos. Hacíase el taladro con un hueso, curábase la herida con la parte más blanda y fina de las plumas y un poco del ungüento llamado *ocotzotl*, terminando por pasar cuatro veces por el fuego á los infantes, á manera de lustracion. (2)

En estas ceremonias anuales y cuaternales se notó el intento de celebrar ciertos períodos de tiempo, relacionados con el calendario. Aunque los cultos del sol y del fuego andan separados, se advierte que á veces se confunden tomándose el uno por el otro. Al pié del templo mayor, junto á la escalera principal, había dos braseros en que se conservaba fuego perpetuo; los sacerdotes cuidaban de alimentarle, y ponían incienso durante noche y día. (3) En el templo llamado Huitznahuac conservábase igualmente el fuego sagrado, (4) siendo práctica comun en todos los teocalli. (5) Casual puede ser la semejanza, mas recuerda el magismo de los pueblos orientales.

La mayor y principal fiesta en honra del fuego era la cíclica ó secular, celebrada de 52 en 52 años, para sacar el fuego nuevo.

(1) Sahagun, lib. II, cap. XXXVII. Torquemada, lib. X, cap. XXX.

(2) Sahagun, lib. II, cap. XXXVII y XXXVIII.

(3) Torquemada, lib. VIII, cap. XI.

(4) Torquemada, lib. VIII, cap. XIII.

(5) P. Mendieta, lib. II, cap. VII.

Segun la leyenda cosmogónica de los soles, el mundo había de terminar al fin de uno de los ciclos; si se lograba el nuevo fuego, había seguridad de otros cincuenta y dos años para la vida del planeta; caso contrario, el sol y la humanidad perecerían sin remedio. Aquella solemnidad llevaba en sí una mezcla extraña de ansiedad, luchando el ánimo entre la esperanza de la vida y el terror de la muerte.

Llamábase la fiesta Toxiuhmopilia, atadura de los años, Xiuh-tzitzquilo, se toma el año nuevo: tenía lugar á la media noche anterior al día en que comenzaba el siguiente ciclo. Los habitantes se preparaban inutilizando sus ropas y muebles, quebrando ó arrojando al agua sus dioses y utensilios; por la noche se subían á las azoteas de las casas, por temor de que bajasen de lo alto las fantasmas dichas *tzitzimime* y se comiesen á los hombres. Solo las mujeres grávidas quedaban encerradas en los graneros, cubierto el rostro con una máscara de penca de maguey, evitando así, si el fuego no apareciera, que se convirtieran en animales fieros y se comieran á las gentes: para que los pequeñuelos no se transformaran en ratones, se les ponía la máscara de maguey, impidiendo se durmieran, á pellizcos y rempujones. Los de los pueblos comarcanos al valle, subían á las montañas y alturas, fijando ansiosos y á porfía la vista, en el punto donde habían de aparecer la llama sagrada.

Cerca de la puesta del sol, los sacerdotes de México revestían las insignias de todos los dioses, en representacion de los números; al principio de la noche se ponían en marcha procesionalmente, con paso mesurado, á lo que llamaban *teonenemi*, caminan como dioses: la muchedumbre silenciosa seguía la comitiva. El sacerdote del barrio de Copolco, encargado de sacar la lumbre, iba por el camino ensayándose en su oficio. (1) Dirigíanse al cerro Huixachtitlan, (2) procurando llegar al teocalli construido

(1) De estos palos uno era cuadrangular, de madera blanda, con una muesca en un lado; el otro era un madero cilíndrico y duro, el cual colocado verticalmente en la muesca de aquel, y dándole vueltas continuadas entre las palmas de las manos, arrancaba por la frotacion un polvo menudo, que entraba en combustion. Los palos se llamaban *mamalhuastli*, *Tletlaxoni*, que arroja ó dá fuego; Tlecuahuilt, palo de fuego.

(2) Huixachtecatl, Huixachtitlan, Huixachtlan, palabras derivadas de *huixachin*, especie de mimosa llamada ahora huizachi. El cerro es conocido actualmente por de la Estrella ó Iztapalapan.

en la cumbre hácia la media noche. Esperaban á que las Pléyadas estuvieran en la mitad del cielo, y entónces tomaban el cautivo prevenido al intento, le sacaban el corazon y sobre la herida colocaban el *tletlaxoni*: aplicábase con fuerza el sacerdote á resregar los leños, sumidos los circunstantes en la mayor zozobra: era el momento decisivo. Mas cuando los palos iban ennegreciéndose, se escapaban ligeras señales de humo, brotando por último la llama, un gran grito de júbilo se alzaba entre los presentes, que repetido en todas direcciones, se propagaba á los lugares distantes. Con el fuego del *tlecuahuilt* se encendía una inmensa hoguera, á donde eran arrojados el corazon y el cuerpo de la víctima. Luego que los de los pueblos y montañas descubrían la llama apetecida en las tinieblas, prorrumpían en alaridos de gozo, y cortándose sin distincion alguna en las orejas, arrojaban la sangre hácia la distante hoguera.

Los sacerdotes entregaban el fuego nuevo á los emisarios venidos de los pueblos y provincias, poniéndolo en teas de pino resinoso; aquellos emisarios, muy ligeros corredores, llevaban la llama sin dejarla extinguir, y mudados de distancia en distancia como en postas, en breve tiempo llegaba el depósito al lugar de su destino. En México el fuego era colocado en el templo mayor, delante de Huitzilopochtli, sobre un candelero de cal y canto; formaban una hoguera, quemando cantidad de copal, repartiéndolo en seguida á los otros teocalli, habitaciones de los sacerdotes, y por último á cada uno de los vecinos de la ciudad. Cada uno de éstos encendía una lumbrada en el patio de su casa, sacrificaba codornices, é incensaba hácia los cuatro puntos cardinales. Comían el potaje llamado *tzohualli*, compuesto de miel y bledos, absteniéndose de tomar agua hasta el medio día; á esta hora comenzaba el sacrificio en los templos, y acabado podíase ya beber. Seguía el regocijo general; las mujeres grávidas eran sacadas de su encierro: vestíanse todos de nuevo, ponían en su lugar los muebles y las esteras construidas al intento, renaciendo la seguridad absoluta de otros cincuenta y dos años de existencia. Ocurre que tal vez no era tanto el miedo, de ver acabar el mundo, cuando tan á mano tenían prevenido cuanto debía servirles en el nuevo ciclo. Si acontecía nacer alguno en aquel día, si hombre le llamaban *Molpilli*, atadura, y si mujer Xiuhnenetl.

La última fiesta del fuego nuevo tuvo lugar el ome calli 1507, reinando en México el segundo Motecuhzoma. El prisionero sobre cuyo pecho se sacó el fuego simbólico fué Xiuhtlamin, guerrero valiente y generoso de Huexotzinco, cautivado por un guerrero de Tlatelolco llamado Itzcuin, quien por esta hazaña se llamó Xiuhtlaminnan, tomador de Xiuhtlamin. (1)

Dada idea de las divinidades correspondientes á los cuatro elementos, pasemos á dar cuenta de los demas númenes del panteon mexicano. El primero y el más importante era Tezcatlipoca, espejo resplandeciente. En este mito están mezcladas las ideas más encontradas; la unidad, la dualidad y la pluralidad; el espíritu y la materia; el hombre y el dios; el bien y el mal, ya en lucha, ya perfectamente unidos. Sus nombres son varios como sus oficios, Yoalliehecatl, viento de la noche; Titlacahuan, somos tus siervos y esclavos; Moyocoyatzin, el que hace cuanto quiere; Telpochtli, (2) mancebo, porque el tiempo no pasaba por él ni nunca envejecía; Yautl, enemigo, y otros muchos como Necociatlmonenequi, Teiocoiani, Techimatini, Moquequelo, Yoatzin, Necaalpilli, &c.

En las oraciones que se le dirigían, se le dice: "tú eres invisible y no palpable, bien así como la noche y el aire." Es eterno, creador del cielo y del infierno, alma del universo, señor de la tierra, gobernador del mundo, señor de las batallas y de las riquezas. "Penetrais con una vista las piedras y árboles, viendo lo que dentro está escondido, y por la misma razon veis y entendéis lo que está dentro de nuestros corazones, y veis nuestros pensamientos. Nuestras ánimas en vuestra presencia son como un poco de humo y de niebla que se levanta de la tierra." De él, sin embargo, dimanan la peste y el hambre; toma apariencias de fantasmas nocturnas para hacer daños; mucho tiene de malévolo ya que se le dice, "nosotros los hombres somos vuestro espectáculo y teatro, de quien vos os reís." No obstante su gran poder, se llama al sol y á la tierra, "padre y madre de todos." Y debe su origen al Huehuateotl, supuestas estas palabras, "vuestro padre y madre, de todos los dioses, el dios antiguo, que es el dios del fuego que está en medio de las flores, y en medio del alber-

(1) Sahagun, lib. VII, cap. IX á XII: lib. IV, apéndice tomo I, pág. 346.—Torquemada, lib. X, cap. XXXIII.

(2) Torquemada, lib. VI, cap. XX.

que cercado de cuatro paredes, y está cubierto con plumas resplandecientes que son como alas." Ante él se hace la confesion de las culpas, él las perdona, y limpia y purifica las almas tornándolas á su pristina candidez. (1)

En México la estatua de Tezcatlipoca era de obsidiana, la cual por esta causa, ademas de su nombre *itzli*, se llamaba *teotell*, piedra divina; en los demas lugares era de palo. El negro rostro estaba pintado de blanco en la frente, nariz y boca; dos orejas, unas de plata y otras de oro; en el labio inferior un bezote de berilo, con una pluma azul ó verde; sujetaba el cabello una lámina de oro, rematando en una oreja del mismo metal con los signos de la palabra, significando que escuchaba los ruegos y plegarias; de entre banda y oreja colgaban unas borlas de plumas blancas de garza. Tenía suspendido al cuello un joyel que le cubría el pecho; brazaletes de oro, y una piedra verde en el ombligo; en la mano izquierda un mosqueador formado de una chapa redonda de oro bruñido, con plumas verdes, azules y amarillas, llamábase *itlachiaya*, su mirador, porque allí veía todas las cosas. Llevaba en la mano derecha cuatro saetas, significando que sabía castigar á los malos; atados á los piés veinte cascabeles de oro, y en el izquierdo un pié de venado, simbolizando la ligereza y agilidad de sus obras. Le cobijaba una manta de red negra y blanca, con orla á la redonda de rosas blancas, negras y coloradas, adornadas de plumas: ricas cutaras completaban su adorno. (2)

Tezcatlipoca representaba en realidad una Providencia divina, velando sobre la creacion que era obra suya; mas tenía otros símbolos más ó menos incompatibles con su dignidad. Bajo el nombre de Titlacahuan patrocinaba á los enamorados. (3) Como Necocyaotl, sembrador de discordias, tenía una forma espantosa, amenazando por todos lados infortunios. (4) Los de Tianquizmanalco le representaban como un hermoso jóven, cubierto con una piel de venado, llamándole Tlcatelpoetli, mancebo virgen,

(1) Sahagun, lib. VI, cap. I al VII: lib. III, cap. II.

(2) P. Durán, cap. IV. MS. Acosta, lib. V, cap. IX.

(3) Boturini, idea de una nueva hist., pág. 12.

(4) Gama, descrip. de las dos piedras, pág. 40.

en memoria de un penitente que desde niño vivió en las laderas del volcan. (1)

Titlacahuan ó Tezcatlipoca domina en la segunda trecena del Tonalamatl. Tiene enfrente la luna, que es su símbolo astronómico, bajo cuyo aspecto mantiene las luchas con Vénus ó Quetzalcoatl. Como persona real, y con el tercer nombre Tlacahuepan, lo vemos luchar con el mismo Quetzalcoatl, su antagonista religioso, representando un culto más antiguo.

Reina también en la tercera trecena del Tonalamatl, con Tlatocaocelotl ó según Castillo con Teotlamacazqui Iztlacatini. Tlatocaocelotl, tigre hombre ó persona, figurado en un tigre con un penacho de plumas ricas, parece simbolizar la fuerza guerrera, perteneciendo sin duda á alguna constelación que ahora se nos escapa. Teotlamacazqui, sacerdote divino, es el signo de los ministros dedicados al culto y al estudio de las cosas santas.

"Llamábanle Moyocoyatzin, por razón que hacía todo cuanto quería y pensaba, y que ninguno le podía contradecir á lo que hacía, ni en el cielo ni en este mundo, y en dar riqueza á quien quería; y más decían, que el día que fuese servido de destruir y derribar el cielo, que lo haría, y los vivos se acabarían; y al dicho Titlacahuan todos le adoraban y rogaban, y en todos los caminos y divisiones de calles le ponían un asiento hecho de piedras, para él, que se llamaba Momuztli, y le ponían ciertos ramos en el dicho asiento por su honra y servicio cada cinco días, allende de los veinte días de fiesta que le hacían, y así tenían la costumbre y orden de hacerlo siempre." (2)

La gran fiesta solemne en honra de esta divinidad, tenía lugar en el mes Toxcatl; las ceremonias tenían mucho de místico y de significativo. (3) Llama sobre ellas la atención la víctima consagrada al dios. Luego que la anterior fiesta terminaba, escogíase entre los esclavos un mozo gentil y hermoso, sin mácula alguna, de buenas maneras, bien hablado y entendido en la música y el canto, en todo lo cual había sido industriado por los calpixque que le tenían á cargo. Dejábanle crecer el pelo hasta la cintura; con resina le pegaban en la cabeza plumas blancas de gallina;

(1) Camino del cielo, por el P. Fr. Martín de León. México, 1610, fol. 96.

(2) P. Sahagún. lib. III, cap. II.

(3) Torquemada, lib. X, cap. XIV.—Durán, segunda parte, cap. IV. MS.

vestido de una manera rica, añadían una guirnalda de flores llamada *izquixochitl*, y sartaes de flores atravesados del hombro al sobaco; gargantilla de piedras preciosas con un largo joyel; adornos de oro en brazos y piernas; *maxtlatl* y manta muy ricos; en suma, el mayor y más suntuoso adorno. Con estos arreos, seguido de ocho pajes destinados á su servicio y de la gente principal que quería acompañarle, recorría á su voluntad día y noche la población, tocando una flautilla de sonido agudo, con flores y ramilletes en las manos, fumando las cañas de humo y saludando cortesmente á cuantos veía. La gente que le encontraba se humillaba, haciéndole reverencia como al mismo Tezcatlipoca, al que representaba. El sonido de la flautilla, oído principalmente de noche, ponía espanto en los criminales y pecadores.

Veinte días antes de cumplirse el plazo, le quitaban aquellas insignias, le vestían como á capitán cortándole el pelo y atándolo con las borlas dichas *axtaxelli* de oro, plumas y *tochomiltl*. Su vida hasta entonces había pasado satisfecha y harta; ahora recreaban para él los goces y el placer. Dábanle por compañeras íntimas cuatro doncellas lindas, al intento criadas, con los nombres de las diosas Xochiquetzal, Xilonen, Atlatonan y Huixtocihuatl; próceres y nobles le acompañaban y servían, pasando todos los días en espléndidos convites. Los cinco últimos días la nobleza entera le acompañaba á excepción del rey, y el banquete, baile y música tenían lugar en sitios deleitosos. El primer día en el barrio de Tecanman; el segundo en el santuario de Tezcatlipoca; el tercero en Chapultepec; el cuarto en Tepetzinco, el quinto y último en Tepepolco.

Por más que los placeres le habían entretenido, tocaba al cabo el infortunado término. Concluido el sarao en Tepepolco, salía el mancebo en una canoa cubierta con un toldo; en Tlapizahuayan, no lejos de Itztapalapan, le abandonaban sus mujeres y el cortejo de nobles, prosiguiendo su camino con los ocho pajes de su servidumbre. Llegado á México, quedaba sólo al pie de las gradas del teocalli; subía pausadamente, rompiendo en cada escalón alguna de las flautillas que le sirvieron para tañir, arrojando sus adornos, como quien se desprende de las últimas y más queridas ilusiones. Llegado á la parte superior, se ponía junto á las andas del ídolo, seguía la procesion, y terminada le tomaban los sacerdotes, le tendían sobre el *techcatl* y le inmola-